

**Henry Sigerist: Hitos en la historia de la salud pública.** Traducción de Mario Usabiaga. México, Siglo Veintiuno Editores, 1981. 98 pp.

No obstante que los temas tratados tienen poca relación con los problemas médico-sanitarios de nuestro país, consideramos de interés hacer algunos comentarios sobre este libro, teniendo en cuenta que el estudio del desarrollo de la salud pública es parte importante de la historia de la medicina en general.

H. E. Sigerist, de nacionalidad suiza, nació en 1891 y falleció en 1957. Se especializó en filología e historia de la medicina, y fue quizá el primero en exponer las relaciones entre su práctica y las condiciones sociales, y abordar este campo como un aspecto de la historia de la civilización.

Se presentan en este breve volumen cinco conferencias pronunciadas en la Universidad de Londres y constituyen un panorama inmejorable de la historia de la salud pública occidental: desde Galeno y la escuela medieval de Salerno abarcando las ideas sobre higiene en el renacimiento italiano y la labor precursora de J. P. Frank en el terreno de la medicina social, contribución que permaneció casi olvidada hasta que Sigerist la revaloró. En la parte final se analiza la situación compleja y siempre cambiante de la atención médica en tiempos más recientes. "La medicina es una ciencia social, y la política no es sino medicina en gran escala", tal postulado sostenía ya el paleontólogo alemán Rudolf Virchow, y los acontecimientos de nuestra época le dan cada día más la razón, afirma Sigerist.

*Hitos en la historia de la salud pública* está formado por cinco capítulos: La higiene de Galeno; El "Régimen sanitatis salernitanum" y algunos de sus comentaristas; La búsqueda de una larga vida en el Renacimiento; Johann Peter Frank, un pionero de

la medicina social, y Los modelos cambiantes de la atención médica.

Sigerist empieza por revalorar la obra y personalidad de Galeno explicando que en la actualidad goza de poca estimación, en oposición a Hipócrates, quien es reconocido y reverenciado por los médicos de nuestro tiempo, los escritos de Galeno son difíciles de entender y "no siempre es un placer leerlo, a menudo es farragoso o intrincadamente sutil, y en todo momento vanidoso", nos dice el autor. Hay otros motivos de hostilidad; por ejemplo, Galeno, en la antigüedad, fue un gran médico entre muchos otros igualmente destacados, pero paulatinamente, primero en Oriente y más tarde en Occidente, llegó a ser la autoridad dominante hasta el Renacimiento y mucho después. Durante el siglo XVI, Paracelso lo atacó con violencia y reemplazó su sistema por otro, igualmente especulativo, pero que presentaba la ventaja de operar con los nuevos conceptos científicos. Sin embargo, la mayoría de los médicos renacentistas permaneció fiel a Aristóteles y a Galeno; en realidad le llevó mucho tiempo a la ciencia médica liberarse de su influencia.

Ahora bien, ¿qué entiende Galeno por salud e higiene? Para él "la salud es una situación de perfecto equilibrio, de armonía perfecta; pero distingue diferentes grados de salud, opone al individuo absolutamente sano el absolutamente enfermo y a mitad de distancia entre ambos sitúa un tercer tipo que no está ni enfermo ni sano". Como complemento a esta concepción, ubica entre dichos extremos toda una gama de matices de salud y enfermedad individuales. Galeno quiso ser sistemático y con frecuencia tendía a polarizar, y quizá por esta forma de pensar explicaba que independientemente de lo buena que pudiese ser la constitución de un hombre, éste siempre estaba amenazado por dos vías de deterioro, una intrínseca y espontánea como la edad avanzada por ejemplo, o las consecuen-

cias de la alimentación y la bebida y la formación de los excrementos; otra extrínseca o accidental resultante de las condiciones ambientales.

Páginas adelante se continúa discutiendo las ideas y conceptos que sobre salud se presentaron en la Edad Media y el Renacimiento, hasta llegar a la época de la revolución industrial.

El desarrollo industrial creó en Europa una situación completamente nueva. Las fábricas proporcionaban empleos para hombres, mujeres y niños inexpertos cuya única propiedad era su capacidad de trabajo. Los nuevos medios de transporte hicieron posible la importación de alimentos, de modo que la población se incrementó en los centros industriales y sobrepasó las posibilidades de espacio. Grandes masas se hacinaban en los suburbios de las ciudades donde vivían con salarios de hambre, en condiciones sanitarias espantosas, trabajando interminables horas y totalmente desprotegidos frente a los nuevos riesgos de la industria.

Para el autor es de gran importancia lo ocurrido en Alemania y comenta que aunque en este país el proceso de industrialización empezó tardíamente, hubo un poderoso movimiento de reforma médica en los años que precedieron a la revolución de 1848. El dirigente del movimiento fue el joven Rudolf Virchow, quien más tarde llegó a ser prominente antropólogo y paleontólogo. Fundó un periódico que se convirtió en el órgano de difusión de todas las fuerzas progresistas de la medicina alemana, y nunca se cansó de recordar a sus colegas que los médicos, al estar en contacto estrecho con el pueblo y conocer en consecuencia sus condiciones sociales mejor que nadie, eran los abogados naturales de los pobres, y que los problemas sociales pertenecían ampliamente a su jurisdicción.

El programa de salud de 1848 de los médicos liberales alemanes fue admirable y parecía sumamente moderno; en él se reconocía el deber del estado de velar por el bienestar físico de todos sus miembros y en consecuencia su facultad de adoptar previsiones para el fomento y conservación de la salud y para la normalización de las condiciones sanitarias

alteradas. Hoy en día reconocemos que todo individuo tiene derecho a la salud, o más bien, ya que la salud no puede ser garantizada, el derecho a contar con todos los medios disponibles de protección y restablecimiento de la misma. Este derecho fue proclamado en Alemania en 1848. El programa de salud así delineado fue completo y a la vez muy ambicioso; fracasó cuando se malogró la revolución.

¿Pero cuáles fueron en realidad las causas que produjeron tan fatal desenlace? Sigerist considera que fracasó porque era un movimiento impulsado por médicos liberales, para el pueblo pero sin intervenir el pueblo, y este hecho nos enseña que la salud del pueblo le concierne al pueblo mismo; no puede ser manejada la salud desde arriba ni dispensada a través de la caridad. El pueblo tiene que accionar en procura de ella, tiene que aceptar su responsabilidad, y los médicos son los expertos que lo orientan en su lucha contra la enfermedad. La semilla se sembró con el programa de salud de 1848 y aunque originalmente no tuvo éxito, no se puede negar que preparó el camino para el progreso que se concretó pocas décadas después.

La ciencia ha progresado considerablemente desde el siglo XVIII y con mayor celeridad durante los siglos XIX y XX. Como resultado del adelanto técnico, el mundo se industrializó y nos encontramos en una sociedad de asalariados cuya existencia depende del mercado laboral. La ciencia progresó y en consecuencia también la medicina, que se tornó científica, altamente técnica y muy especializada. En otras palabras, tenemos un nuevo tipo de sociedad y esto, obviamente, reclama que se organicen y amplíen los modelos de atención médica. Mientras ocurrían estos cambios en la medicina y la sociedad, la incidencia de las enfermedades también cambió, “las enfermedades agudas estaban en primer término en el pasado, actualmente han sido desplazadas por las enfermedades crónicas”.

Para terminar, transcribimos lo que Sigerist sugiere sobre lo que deben ser las relaciones entre médico y paciente en el campo de la medicina preventiva: “Al mismo tiempo, se

han desarrollado medios científicos para la prevención de las enfermedades más frecuentes, y ahora es el momento de revertir la relación que ha existido en los últimos 5,000 años entre el médico y el paciente. En lugar de esperar que la salud se quiebre y los pacientes busquen consejo, el médico debe convertirse cada vez más en un educador que busca a sus pacientes potenciales en donde la gente se congregue por razones de trabajo, en la fábrica, en el campo y en la oficina. Al mismo tiempo, la labor del médico se ha ampliado considerablemente, y la medicina ha llegado a ser cada vez más una ciencia social cuya principal tarea es conservar la adaptación social de la gente con respecto a su entorno y readaptarla a él cuando la salud se quiebra”.

*Anselmo Marino Flores*

**Keith L. Moore. Anatomía, orientación clínica.** Editorial Médica Panamericana, S. A. Buenos Aires, 1982.

Keith L. Moore, Profr. y Jefe del Dpto. de Anatomía de la Facultad de Medicina de la Universidad de Toronto, Canadá, nos presentó a fines de los setentas su excelente obra *El desarrollo humano, embriología clínicamente orientada*, en la que condensa en forma ejemplar lo que el futuro médico general debe aprender acerca del desarrollo ontogénico humano. Ahora, Editorial Médica Panamericana nos presenta la obra, del mismo autor, *Anatomía, orientación clínica*. Se trata de un valioso y moderno texto que en un tomo de 1,200 páginas ofrece el enfoque más práctico y útil que pueda darse al estudio anatómico del cuerpo humano en una escuela o facultad que prepara futuros médicos generales: la orientación clínica.

Tras un conciso capítulo introductorio en el que aclara conceptos, definiciones, lenguaje anatómico, planos, ejes y otros aspectos generales sobre osteología, artrología, miología, angiología y sistema nervioso periférico, desarrolla nueve capítulos, cada uno

de ellos comprende una región corporal; es decir hace un estricto estudio regional.

Lo interesante y verdaderamente valioso de esta obra estriba en los concisos, lógicos y consecuentes **comentarios con orientación clínica** que proporciona al final de la descripción puramente anatómica. Comentarios que refuerzan, que motivan, que le confieren a la anatomía humana su verdadera esencia.

Así, a lo largo de la obra comenta con agudeza y amenidad, los aspectos semiológicos, exploratorios y patológicos de cada uno de los órganos, aparatos o regiones anatómicas de la economía hasta sumar varios cientos de dichos comentarios.

Transcribo textualmente un párrafo del comentario clínico a propósito de irrigación coronaria: “Las arterias coronarias son sitios frecuentes de aparición de arteriosclerosis (*G. Escleros, dureza*) con el consiguiente estrechamiento de sus luces en mayor o menor grado. Esto reduce el flujo sanguíneo hacia diversas partes del corazón irrigadas por las dos arterias coronarias y sus ramas. La reducción moderada del flujo sanguíneo puede ser asintomática hasta que se presenta un aumento de la demanda de trabajo. La o las arterias estrechadas no pueden aportar la suficiente sangre para cubrir el aumento de la demanda en las regiones cardíacas irrigadas por estas arterias. El resultado es un dolor característico con el esfuerzo, denominado angina de pecho...”

Cabe agregar que la obra se complementa con un excelente material gráfico que consiste en radiografías normales y patológicas, fotografías, dibujos y las magníficas ilustraciones del conocido *Atlas anatómico* de Grant. Otro aspecto positivo es que al final de cada capítulo presenta las sugerencias para una lectura adicional en las que se comentan varias fichas bibliográficas.

En resumen, una obra altamente recomendable como texto de consulta para estudiantes de medicina, quienes encontrarán en ella lo estimulante de la ciencia anatómica, y como texto de cabecera para los docentes de materias básicas en toda escuela de medicina.

*Carlos Guzmán Cuervo*

*Antonio Oriol Anguera y Francisco Vargas Arreola: El mexicano. Raíces de la mexicanidad.* Dirección de Publicaciones. Instituto Politécnico Nacional. 331 pp. México, 1983.

Hablaremos de *comentarios*, y no de crítica. Aprecio los méritos de la obra, seguramente la más certera que se ha escrito sobre el tema en nuestro México.

1o. Por supuesto, el cuerpo principal de cada uno de los capítulos es en esencia un diagnóstico de los elementos más importantes que estructuran el muy importante concepto de la mexicanidad. Hablo de nosotros mismos y de los observadores en torno. El término, por cierto, lo escuché por primera vez en 1954 del entonces Presidente de la República don Adolfo Ruiz Cortines en ocasión de un breve acuerdo oficial que me concedió en presencia del Secretario de Educación Pública, Lic. José Ángel Ceniceros. Al escucharlo por primera vez llegué a pensar que pudiera ser original del propio Presidente. A lo menos, ponía gran énfasis en su expresión que, desafortunadamente, no se difundió entonces lo suficiente. Después se ha empleado cada vez con más frecuencia, sobre todo por quienes buscan definir nuestra “identidad”.

Sin embargo, el hecho de que los autores planteen o describan principalmente *diagnósticos* no es un defecto ni es nada extraño en los autores de enfoques analíticos de los grupos sociales que conforman a todas las naciones. En realidad, inclusive recuerdo que esa fue la observación que hizo Samuelson (distinguido economista estadounidense) al asistir a un Congreso Internacional de Economistas realizado hace 4 o 5 años en esta ciudad. Por parte de él y en aquella ocasión, sus palabras sí eran una crítica: que casi siempre nuestros economistas se quedaban en el *diagnóstico* sin proponer el tratamiento, o sin otro tratamiento que la revolución o la fractura de las estructuras sociales, cuando no terminaban con pronósticos “tremendistas”, de inspiración ideológica más que política, sin mayor trascendencia. En efecto, la literatura de la política económica de México tiene ya acumulada una

gigantesca pirámide de estos diagnósticos que, inclusive, se pueden encontrar diariamente en los editoriales de todos los periódicos.

Este no es el caso de esta obra. Los autores no plantean solamente diagnósticos, sino análisis y descripción incidente — fuertemente incidente— de los conceptos fundamentales para la vida pública del mexicano. Es decir, que esta forma de análisis trae en *sí misma* el tratamiento y el pronóstico para las situaciones, aunque los autores sólo proponen *razones, inquietudes* y que dejan a otros la proposición de las *soluciones*. Claro que éstas tendrán que aportarlas nuestros políticos en activo, en cuanto conozcan a fondo la realidad actual del pueblo y tengan decisión y voluntad para modificarla. Las bases están bien claras en este libro. El que quiera entender...

2o. Por mi parte, dentro de mi formación científica y política general me doy cuenta clara de la extraordinaria significación social y política de la obra. Su aparición es, además, muy oportuna. La actual crisis socioeconómica del país nos ha dejado a todos con la mirada vuelta hacia los más diversos rumbos en ansiosa búsqueda de soluciones. Tal parece que “se ha botado la brújula”, como se diría en expresión coloquial mexicana. No obstante, “no se ha perdido el rumbo porque queda el recurso (en plena noche) de navegar por las estrellas, como ya tantos hombres en el pasado lo hicieron”.

Por otra parte, en tiempos de crisis, qué otra cosa se puede esperar si no la crítica de las situaciones que nos agobian. Inclusive crítica de la crítica de la crisis, en cadenas redundantes. Esto nos despierta al valor de la obra porque, si alguien se resintiera de algunas expresiones fuertes que contiene, debe apreciar preferentemente la posición analítica de quienes (por su especialidad) conocen mejor que nadie las dimensiones antropológicas y sociales del hombre. La *humanidad* del hombre. La *humanidad* del mexicano. La que ahora manejan para establecer la *mexicanidad* del mexicano en afán de reconocerse a sí mismo. En síntesis: es crítica, es análisis, es diagnóstico, es proposición, es estímulo y sólo el que no sepa ver en transparencia no encontrará implícitas (en sí y en el análisis) las soluciones indispensables y

convenientes para vencer los marasmos actuales y en prospectiva.

Esta clase de estudios, como otros que cada vez aparecen en mayor número y con mayor profundidad sobre la “ciencia de la ciencia” o la “investigación de la investigación” o la apreciación político-social de la “gran técnica y la gran ciencia”, puesto que analizan el problema más importante para el hombre actual —su propia supervivencia— deberían constituir la disciplina más importante de la humanística contemporánea. Tengo la seguridad de que en cuanto se pueda contar con investigaciones semejantes para cada uno de nuestros pueblos que, en inconcebible y maligna fractura de la verdadera humanidad, se ignoran a sí mismos, será muy fácil encontrar las coincidencias para integrar un mundo armónico de hombres auténticamente humanos. Por consiguiente, no digan los autores que han hecho solamente diagnósticos. En realidad, son análisis tan profundos, tan explícitos y tan ciertos que con ellos no encontrará soluciones solamente quien no sabe leer. Ante su trascendencia mi opinión se queda pequeña. El homenaje me queda grande. Por eso reitero lo que al principio dije: estas explicaciones son del orden de los comentarios.

3o. Ahora bien, respecto al Capítulo XIII, creo que mis observaciones encuentran un soporte más firme porque se refiere a temas que se destacan en las más recientes preocupaciones de todos. Entiendo que hay cuatro aspectos fundamentales.

a) Por cuanto al título *¿Quo Vadis México?*, veo que ya adelanté la respuesta al señalar anteriormente que no se ha perdido el rumbo aunque hayamos quedado temporalmente sin brújula. El rumbo, si sabemos coordinar el aprovechamiento de nuestros recursos (precisamente bajo conclusiones de análisis tan expresivos como los de este libro) no puede ser otro que el engrandecimiento de la nación. México tiene en términos de abstracción metafórica ya marcado este destino: con los mexicanos, sin los mexicanos o a pesar de los mexicanos. Pero, por supuesto, para los mexicanos, quiero decir que así debe y puede ser y que nuestra obligación es empeñarnos en conseguirlo. Y el principio es conocer, identificar

nuestra mexicanidad. Mucho menos han tenido otros países pequeños en extensión y recursos, de Europa y aun de Asia, y se encuentran actualmente en la cúpula del mundo. Qué bueno, entonces, que *El mexicano* nos sacuda, nos conmocione y aun nos irrite. La reacción será seguramente buscar el engrandecimiento nacional.

b) Me impresiona fuertemente la opinión de que nadie pueda escapar de su historia, ni aun de su propia biografía. Es aquí donde yo veo las soluciones. En busca de aquel rumbo a que me refiero hay que escapar de la historia. Si es necesario, hay que hacerlo de nuevo. Es ya obvio que si todos los siglos de humanidad que nos han precedido nos han llevado a desembocar en la actual crisis *universal* que padecemos, la historia ha sido real pero no se ha aprovechado positivamente. No escapar de la tendencia histórica actualmente visible sería no tener futuro previsible. Por eso he dicho que la historia es muy útil como el gigantesco banco de datos que integra. Pero lo que el hombre debe y puede ser tiene que “fabricárselo” bajo el análisis y acciones decididas a modificar el mundo. Es la proyección *normativa*, no la simple visión de la prospectiva. Recuérdese que sólo se vive en futuro. El pasado es historia ya vencida. Es lógico que así sea, puesto que el día de hoy, ayer nomás era futuro, y ayer era futuro el día anterior. Parecería que sólo se dispone del futuro. Aunque la memoria —esa insistencia en “presentizar” continuamente el pasado!— nos sobrecarga la tarea. Weinberg (*The Search for Unity. Notes for a History of Quantum Theory*, 1977) Señala: “...Parece existir un consenso general de que el elemento esencial del progreso científico es la decisión de *romper con el pasado*”. Yo no hablo de *romper*. Por lo menos, no dejar que contrape-se tanto. No olvidar que el tramo más importante del camino es el que está aún por recorrer. Quizá lo que opina Weinberg sólo es válido para el quehacer científico. Acaso no deba transportarse a las ciencias del hombre. Pero vale la pena reflexionar sobre este ejemplo.

En otras palabras: coincido con el libro en que es importante la diacronía. Pero es más conveniente la sincronía, en tiempo (como lo dice estimológicamente) pero también en lu-

gar y en acción. Saber llegar a tiempo a donde se quiere llegar, en magnánima coincidencia con todos los demás.

d) La lectura del capítulo me recordó, además, que desde mis días, como director de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, recién terminada (?) la Segunda Guerra, escribí un artículo del que tengo presente sólo el título: “Ni URSS Ni USA” en juego de siglas. Ensayaba en el análisis que recogía las mismas preocupaciones. Ahora estoy más tranquilo. En primer lugar (y esta observación es fundamental para el capítulo que se comenta) México ha logrado su mejor camino en la llamada economía *mixta*, así llamada no porque sea una mezcla de *ultracapitalismo* y *ultrasocialismo*, sino porque destaca la *función social* del capital y reconoce que, al llegar a la distribución de productos obtenidos en conjunción de esfuerzos, los factores deben recibir su parte con equidad y justicia. El pueblo merece tanto como sus mejores empresarios porque es el que físicamente trabaja y porque forma el “grueso” de los consumidores. Es decir, es una economía que se integra por los tres sectores: el público, el privado y el social, y el ejecutivo federal es el rector de dicha economía, puesto que es el guía político de la nación: Ni URSS Ni USA.

En segundo lugar, veo que en la actualidad cada vez está más claro que las ideologías, las políticas, las amenazas y los movimientos diarios de las dos grandes potencias, no buscan

una realización culminante de la especie humana, sino su prepotencia. De ninguna manera pienso que lleguen al aniquilamiento del mundo ni al suyo propio porque estoy seguro de que la complicada estructura universal que dio origen a la vida en todas sus manifestaciones es incompatible con su desaparición. En todo caso, podrá haber destrucciones parciales o colapsos temporales pero no muerte definitiva para todos. Es una lucha de intereses, bajos, medianos o altos, pero auténticos intereses. Se pelea por un dominio que malencubren las ideologías. Estas las han concebido y desarrollado los grandes hombres de todos los tiempos en todos los países. Sus héroes, sin embargo, no han sabido llegar a sus propias conclusiones. No han llegado a vivir la historia que dijeron que soñaban. Sé que son intocables a menos que se luche contra las corrientes populares. Pero es bueno comenzar —comenzar al menos a conocer la realidad para salir de la *Historia de bronce* (de Octavio Paz) y empezar a hacer la gran historia que el hombre humano (la redundancia es deliberada) puede y debe realizar.

El mexicano hará su parte... Cuando conozca, de veras, su MEXICANIDAD.

¡Gracias a los autores por traernos esta luz para el camino!

*Dr. Rodolfo Hernández Corzo*